

Ignacio María Ruiz de Luzuriaga y el Cólico de Madrid

ARTURO MOHÍNO CRUZ
Médico-Reumatólogo

Resumen:

Durante el siglo XVIII y parte del XIX, tanto Madrid, como otras regiones españolas, fueron víctimas de una intoxicación masiva por plomo (saturismo). La enfermedad fue bautizada por su descubridor, el médico vasco Ignacio María Ruiz de Luzuriaga, como Cólico de Madrid. No fue éste el único caso en Europa, ya que en el XVII se describió en Francia el cólico de Poitou y en el XVIII en Inglaterra el de Devonshire.

El presente trabajo analiza la historia, origen y consecuencias de esta terrible enfermedad.

Palabras clave: Cólico de Madrid. Saturnismo. Alcorcón. Barro vidriado. Alfarería. Plomo. Devonshire. Poitou. Ruiz de Luzuriaga.

Laburpena:

XVIII. mendean eta XIX.aren hasieran, Madrilen eta Espainiako beste eskualde batzuetan jende ugari gaixotu zen berun bidez intoxikatuta; saturismoak jota, alegia. Ignacio Maria Ruiz de Luzuriaga euskal medikuak aurkitu zuen gaitza, eta Madrilgo kolikoa jarri zion izena. Ez zen Europako kasu bakarra izan, ordea. Izan ere, XVII. mendean Poitouko kolikoa deskribatu zen Frantzia, eta XVIII. mendean, berriz, Devonshirekoa, Ingalaterran.

Lan honek, hain zuzen, gaitz izugarri horren historia, jatorria eta ondorioak ditu aztergai.

Hitz gakoak: Madrilgo kolikoa. Saturnismoa. Alcorcón. Buztin beiratua. Buztingintza. Beruna. Devonshire. Poitou. Ruiz de Luzuriaga.

Summary:

During the 18th. century and part of the 19th. many inhabitants of Madrid and other regions in Spain were victims of a massive lead poisoning (saturnism). This medical condition was discovered by the basque doctor Ignacio María Ruiz de Luzuriaga who called it the Madrid colic. This was not the only case in Europe since already in the 17th. century the Poitou colic had been described in France; and in the 18th. century the Devonshire colic in England.

The current study analyses the history, origin and consequences of this terrible illness.

Key words: Madrid colic. Saturnism. Alcorcón. Glazed earthenware. Pottery. Lead. Devonshire. Poitou. Ruiz de Luzuriaga.

A modo de introducción

La investigación que sobre el cólico de Madrid publicó, hace ya más de dos siglos, el médico vasco Ignacio María Ruiz de Luzuriaga es de tal erudición que pocos historiadores, por no decir ninguno, ha sentido la necesidad de investigar más a fondo sobre aquellos acontecimientos¹.

Y cuando uno se enfrenta por primera vez a un tema como éste, donde no existe una historiografía a la que asirse, se siente la necesidad de tomar la guadaña y comenzar a desbrozar el bosque de viejos tratados cubiertos por la maleza de tantos siglos. Por esa misma razón, la mayor parte de las

(1) PRADILLO MORENO DE LA SANTA, J. M. “Cólico de Madrid” *Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid Jiménez de Gregorio*, 6 (2006) 111-162.

Este “peculiar” escrito de más de cincuenta páginas es el resultado de un “corta-pega” de la obra de Luzuriaga. Su autor ha fallecido en fechas recientes, así que por respeto a su memoria no haré comentario alguno sobre el artículo. Sin embargo sí debo mostrar mi agradecimiento a D. Emilio Ruiz Trueba, bibliotecario del Museo Etnográfico de Castilla La Mancha por facilitarme una copia. Lástima que su desinteresado esfuerzo se haya visto truncado por la nula utilidad que me reportó su lectura.

referencias bibliográficas que aparecen en este trabajo, expelen un penetrante olor a naftalina.

Pero, por si este escollo no fuera suficiente, las publicaciones que he podido encontrar sobre la vida y obra de Luzuriaga han resultado parciales e incluso contradictorias. Como consecuencia, su figura en ocasiones parece gravitar entre el héroe y el villano².

Conocemos su obra científica gracias a la abundante producción literaria que nos ha dejado; también su paso por la Real Academia de Medicina por los trabajos de S. Granjel³; o su aventura británica por la investigación documental realizada por Riera⁴; incluso algunos rasgos de su personalidad que han sido denunciados por Gago. Pero de su vida personal tan sólo tenemos constancia de lo que su amigo, el Dr. Fabra⁵, dice en el Elogio que le tributa a su muerte.

Alguien podría preguntar si hay necesidad de saber algo más: pues no, realmente no. Pero los humanos seguimos perteneciendo a la tribu, aunque ésta ahora sea mucho más grande, y cuando nos falta la filiación nos parece que estamos delante de un fantasma. ¡La condición humana!

Los Antecedentes

A comienzos del siglo XVIII algunas zonas de Castilla la Nueva, en especial Madrid y sus alrededores, pero también Galicia, Asturias y Valencia, sufrieron una terrible epidemia de cólicos que cursaban con espantosos dolores abdominales, vómitos, estreñimiento severo, parálisis de manos y pies, alteraciones visuales y auditivas transitorias y, llegado el caso, ataques de tipo epiléptico y la misma muerte.

(2) GAGO, R; CARRILLO, J. L. “La Obra fisiológica de Ignacio María Ruiz de Luzuriaga (1763-1822) y su plagio del científico británico Adair Crawford (1748-1795)” *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 1 (1981) 87-100.

(3) S. GRANJEL, L. *Ruiz de Luzuriaga y la Real Academia Nacional de Medicina*, Azkoitia 2008, Instituto Internacional Xavier María de Munibe de Estudios del siglo XVIII.

(4) RIERA, J. “Los estudios en el Reino Unido de Ignacio María Ruiz de Luzuriaga” *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 14 (1975) 269-301.

(5) FABRA SOLDEVILA, F. *Elogio Histórico del Doctor en Medicina Don Ignacio María Ruiz de Luzuriaga Compuesto y Leído en la Academia de Medicina y Ciencias Naturales de Madrid el día 19 de noviembre del presente año*, Madrid 1822, Imprenta de D. León Amarita.

El médico vasco Ruiz de Luzuriaga descubrió que se trataba de una intoxicación por plomo. Los resultados de su estudio fueron motivo de una publicación en la Real Academia de Medicina que llevaba por título “*Disertación médica sobre el cólico de Madrid*”, y que daba comienzo con la siguiente aseveración:

Pocas enfermedades hay tan terribles y penosas como el cólico, ni tan raras y difíciles de observarse por la variedad de síntomas que la acompañan.

Luzuriaga pudo identificar las fuentes de la intoxicación y con ello aplicar las medidas preventivas oportunas, que fueron publicadas en la prensa oficial. En pocos años el número de casos nuevos descendió de forma significativa, pero al llegar los franceses a la Corte en 1808 sus tropas fueron víctimas de la epidemia, y hasta el jefe supremo del ejército de ocupación, el gran duque de Berg, Joaquín Murat, tuvo que ser trasladado a Francia de forma urgente y en camilla dado su grave estado de salud. De este modo lo cuenta el asturiano conde de Toreno (1786-1843) testigo presencial de los hechos: *la enfermedad grave de la que fue acometido el gran duque de Berg en los primeros días de junio (motivó que) entre los suyos quien le creyó envenenado y entre los españoles no faltó también quien atribuyera su mal a castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del dos de mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar a sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el duque. Mas la verdadera enfermedad de éste era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del Reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertación el doctor Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid... tuvo que conformarse con el dictamen de los facultativos de trasladarse a Francia, y tomar las aguas termales de Bareges.*

Provocó también a sospecha de empozoñamiento el haber amalado (enfermado) muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos, el barón Larrey primer cirujano del ejército invasor examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo, Mr. Laubert, analizó detenidamente el vino que se les vendía en varias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido⁶.

(6) TORENO, José María Queipo de Llano, et al. *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, Segunda edición, Tomo 1, Madrid 1848, Imprenta de J. Martín Alegría, pp. 304-305.

Como máximo responsable de la sanidad de la armada francesa se había nombrado al famosísimo cirujano de Napoleón, Dominique Jean Larrey, quien en un brevísimo espacio de tiempo llegó a unas conclusiones que él mismo definía como “irrecusables”⁷ y que negaban la tesis de Luzuriaga sobre el origen de la enfermedad: sus hombres no padecían una intoxicación por plomo sino que eran víctimas del clima extremo de Madrid, al que los madrileños estaban acostumbrados pero no así sus soldados. Ni que decir tiene que las recomendaciones dadas a la tropa con el fin de evitar el cólico (abrigarse de noche con el capote, tomar sopa dos veces al día, comer legumbres, evitar las uvas y el vino puro, beber limonada o agua con vinagre) no produjeron el efecto deseado, y su ejército continuó presentando nuevos casos hasta 1824 tras la vuelta de los cien mil hijos de San Luis.

El plomo no se encuentra en estado libre en la naturaleza sino en forma de sulfuro, la galena, que puede contener cantidades variables de plata. El ser humano ha utilizado el plomo desde el cuarto milenio antes de Cristo y su descubrimiento pudo ser casual al caer un fragmento de galena en el fuego.

Su utilización en el mundo romano estaba muy extendida (cañerías, recipientes para el vino o el aceite, revestimiento del cobre con plomo y plata, pinturas, cosméticos, monedas etc.) pero la aplicación que más puede sorprender en el mundo actual era su utilización como edulcorante y conservante alimentario. El azúcar era caro y difícil de obtener, así que en su lugar se utilizaba la “sapa”, una melaza rica en acetato de plomo o azúcar de Saturno. Según cuenta el gaditano Columela (4-70 dC) en “*De Re Rustica*” para obtenerla había que hervir el mosto en un recipiente de plomo hasta conseguir su reducción. Se llamaba “sapa” a la reducción del mosto en dos tercios, “de frutum” a la mitad y “carenum” al tercio. Los romanos lo utilizaban para conservar o endulzar el vino cuando éste era agrio, añadirlo a la fruta o también al “garum” (salsa de pescado con especias).

A pesar de la gran peligrosidad de estas prácticas no nos ha llegado ninguna noticia escrita acerca de la aparición de intoxicaciones saturninas hasta el siglo VII, cuando el griego Pablo de Egina daba cuenta de numerosos casos de cólicos acompañados de parálisis de miembros, epilepsia y muerte. Y aunque Egina no lo relacionaba con el plomo sí que afirmaba que era una

(7) LARREY, D. J. *Mémoires de Chirurgie Militaire et Campagnes*, Tomo 3, París 1812, chez J. Smith. P. 185 y sigs.

enfermedad nueva que dio comienzo en Italia y se extendió a otras partes del territorio romano⁸.

Hacia 1572 volvió a aparecer otra epidemia de características similares en la región francesa de Poitou, que fue descrita años más tarde, en 1616, por Citois, el médico personal del cardenal Richelieu, que la relacionó con la aparición de una nueva estrella (en realidad una supernova) en la constelación de Casiopea, estrella que en ese mismo año de 1572 fue estudiada por Tycho Brahe, el astrónomo personal del emperador Rodolfo II. Y aunque Citois en ningún momento mencionaba el plomo como causa de la enfermedad sí que es cierto que atribuía su origen a los vinos agrios que en aquella región se estaban produciendo en el siglo XVII⁹.

En la última mitad de este siglo Alemania, y también otras regiones de Europa y Asia, se vieron afectadas por un fenómeno solar conocido como “Mínimo de Maunder”, un término acuñado en honor al físico E. W. Maunder, quien descubrió que en esas fechas se habían producido tan sólo cincuenta manchas solares en lugar de las cuarenta mil que normalmente acontecen en un período similar; y a consecuencia de esa bajísima actividad solar se produjo un enfriamiento de la Tierra que hizo perder numerosas cosechas, en particular la de los viñedos franceses y alemanes. Los avatares históricos producidos a consecuencia de esta “pequeña edad del hielo” han sido estudiados recientemente por Geoffrey Parker¹⁰. En su libro Parker cita la carta escrita en 1627 por Hans Heberle (1597-1677), un zapatero que trabajaba en una granja de Ulm (Alemania): *éste fue un invierno tan duro que nadie recuerda otro parecido*. Pues bien, años más tarde en 1694 y en un monasterio ubicado en esa misma ciudad, murieron varios monjes a causa de unos terribles cólicos. El médico del convento, Eberhard Gockel, acudía cada día a visitar a los enfermos, y en cada visita los monjes le obsequiaban con un vaso de vino. Pasados unos días el médico también fue víctima de esos mismos cólicos, por lo que decidió investigar la bodega, encontrando en sus cubas un sedimento viscoso y pegajoso que pudo identificar como la “sapa” que utilizaban los romanos y que el bodeguero Göppinger había añadido a los vinos que vendió al convento. El infortunado bodeguero se cayó

(8) BAKER, G. “An attempt towards an historical account of that species of spasmodic colic, distinguished by the name of the colic of Poitou,” *Medical Transactions published by the College of Physicians*, vol. 1, Londres 1768, S. Baker & J. Dodsley, p. 319.

(9) CITOIS, F. *De Novo et Populari apud Pictones Dolor Colico Bilioso Diatriba*, Poitiers 1616, Augustorii-Pictonum apud Antonium Mesnier.

(10) PARKER, G. *El Siglo Maldito*, Madrid 2013, Planeta.

del caballo rompiéndose el cuello, y el mortal accidente fue interpretado por la ciudadanía como un castigo divino por sus criminales adulteraciones. El 10 de marzo de 1695, el duque de Württemberg firmó un decreto por el cual se condenaba a los que osaran adulterar el vino con la pena capital y la pérdida de su honor y fortuna¹¹.

En 1724 el condado inglés de Devon, productor de sidra desde tiempo inmemorial, obtuvo una de las mejores cosechas de manzana jamás vista. La sidra inundó los lagares y el consumo se disparó. De forma paralela el número de personas que padecieron cólicos llegó a ser tan ingente que con toda propiedad se pudo hablar de una epidemia. Y aunque con anterioridad ya se habían dado episodios similares como el descrito por William Musgrave en 1715¹², no alcanzaron la importancia del registrado en 1724. Éste fue estudiado por un joven médico nacido en el propio condado, John Huxham, que había cursado su carrera de medicina en Leiden (Holanda) y había vuelto a su país natal para estudiar la influencia del clima sobre determinadas enfermedades. Huxham, aunque desconocedor de la relación de la enfermedad con el plomo, hizo una perfecta descripción del cuadro clínico, incluidas sus manifestaciones neurológicas, atribuyendo sus causas al excesivo consumo de sidra. Los resultados de su trabajo fueron publicados en latín en 1739, y traducidos al francés en 1776, que es la versión que he consultado¹³.

Años más tarde en 1758, se publicó en Ginebra un libro anónimo que todos los autores han atribuido a un médico de Chartres, Michel-Philippe Bouvart, y que iba dirigido al público no profesional. En el mismo, se afirmaba que tanto el cólico de Poitou como el de Devonshire podrían estar producidos por la adulteración de ambas bebidas con las sales de plomo, aunque hasta ese momento nadie lo hubiera podido demostrar¹⁴. Pero el que sí lo demostró fue George Baker, que descubrió que el plomo formaba parte de las prensas y otros mecanismos utilizados en la producción de la sidra, y pudo comprobar mediante un procedimiento químico la presencia

(11) EISINGER, J. "Lead and Wine. Eberhard Gockel and the colica Pictonum", *Medical History*, 26 [3] (1982) 279.

(12) MUSGRAVE, G. *De Arthritide symptomatica dissertatio*, Cap. 10. Ginebra 1715, Hermanos de Tournes, p. 63.

(13) HUXHAM, J. *Essai sur les différentes especes de fevres*, Paris 1776, Chez D'Houry, p. 551.

(14) BOUVART, M. P. *Examen d'un livre qui a pour titre T. Tronchin... de Colica Pictonum, par un médecin de Paris*, Ginebra 1758.

de dicho metal en la misma. El reactivo que recibía el nombre de “licor vini probatorius” o “hepar sulphuris” fue inventado por Caspar Neumann y era una composición fruto de la decocción del oropimente (trisulfuro de arsénico obtenido de las fumarolas volcánicas) en una solución de hidróxido cálcico saturado. Cuando el vino había sido tratado con plomo, al añadir el “hepar sulphuris”, este compuesto cambiaba su color tomando unas tonalidades marrones, rojizas o negruzcas dependiendo de las cantidades de plomo. Cuando el vino era puro, el oropimente mantenía su original color amarillento¹⁵.

Los trabajos de Baker fueron presentados ante el Colegio de Médicos de Londres el día 29 de junio de 1777 y posteriormente publicados¹⁶. Sus hallazgos no sentaron muy bien en el condado de Devon ya que produjeron una crisis en la venta de sidra. Fueron varios los productores que afirmaron en los periódicos de la época que en sus factorías no se utilizaba el plomo, pero Baker se mantuvo al margen de la discusión a la espera de que algún otro médico pudiera demostrar una hipótesis contraria. Mientras tanto buscó la colaboración de un colega de origen escocés especializado en las aplicaciones de la química en la medicina, el Dr. William Saunders, que impartía sus lecciones en Londres en el famoso hospital de Saint Thomas donde acudiría más tarde Luzuriaga para recibir sus enseñanzas. Las muestras de sidra traídas por Baker desde Exeter dieron un resultado positivo también en Londres, por lo que no cabía duda alguna de que el plomo era el responsable de la enfermedad. Sin embargo aún se mantenía la incógnita de por qué la sidra producida en factorías en las que no se utilizaba el plomo también causaba esos mismos cólicos.

Con el fin de dar respuesta a estas contradicciones, y también con el ánimo de pacificar la guerra mantenida en Devon por los productores, el médico James Hardy realizó una investigación paralela cuyos resultados publicó en 1778 con el sugerente título de “Un examen imparcial”¹⁷. Según este estudio, que comprobó con el oropimente, el origen del plomo no estaba en las prensas sino en los recipientes donde se servía o acumulaba la sidra

(15) NEUMANN, C.; LEWIS, W. *The Chemical Works of Caspar Neumann*, Second Edition, vol. 2. Londres 1773, J. and F. Rivington.

(16) BAKER, G. *Essay concerning the cause of the Endemial Colic of Devonshire*, Second Edition, Londres 1814, Payne and Foss.

(17) HARDY, J. *A Candid Examination of what has been advanced on The Colic of Poitou and Devonshire with Remarks on the most probable and Experiments intended to ascertain the true Causes of The Gout*, Londres 1778, Printed by W. Mackintosh, pp. 139-141.

una vez producida. Dichos recipientes eran de un tipo de loza especial (earthenware) obtenida de la mezcla de un 25% de ball clay (una arcilla blanca típica de Devon que luego fue utilizada para fabricar la famosa porcelana de Wedgwood), un 28% de caolín, un 32% de cuarzo y un 15% de feldespato. El producto resultante presentaba un color blanco y era opaco a la luz, pero también muy poroso por lo que requería ser vidriado mediante la técnica del óxido de plomo. Dicha técnica consiste en cubrir la pieza de barro, una vez cocida, con una mezcla de óxido de plomo, arcilla y agua. Luego se le da una segunda cocción a una temperatura elevada, pero si ésta no llega a alcanzar los niveles adecuados el plomo no se fija bien al barro. Tanto la sidra como otros líquidos ácidos (vinagre o el zumo de limón) pueden transformar el plomo liberado en acetato de plomo. Esta peligrosa sal, altamente tóxica, conocida como azúcar de Saturno es capaz de disolverse en la sidra, aportándole un agradable dulzor y a su vez, produciendo los terribles cólicos.

Con el tiempo el plomo de las prensas fue sustituido por el hierro, y el típico barro de Devon reemplazado por otros materiales como el vidrio u otras lozas carentes de plomo. Con estas innovaciones desaparecieron por fin los cólicos en esa bella región de Inglaterra.

El cólico de Madrid

Las primeras noticias sobre esta epidemia madrileña pueden datarse en 1714: en el *Journal des Savants* del lunes 5 de marzo se informa de la presentación de una ponencia, celebrada el 18 de enero ante la Academia de Ciencias de París, sobre el tratamiento mediante el agua (hidroterapia) de las enfermedades de los españoles. El ponente, Claude Burlet (1664-1731), había sido uno de sus académicos de número hasta que en 1708 se trasladó a Madrid para ocupar el importante puesto de primer médico de Cámara de Felipe V.

Entre otras enfermedades describía un cólico, conocido por el vulgo como “dolor de tripas” o “entripado”, que atacaba de forma epidémica tanto a las gentes del país como a los extranjeros.

El cuadro clínico, que le recordaba al que presentaban las víctimas francesas del cólico de Poitou, se caracterizaba por dolor abdominal agudo con vientre en tabla, estreñimiento severo, vómitos, eructos y, en algunas ocasiones, convulsiones y parálisis. En 1718 Claude Burlet renunció a su puesto y regresó a París para convertirse en el médico personal de la Princesa de Conti.

Las siguientes noticias sobre el cólico aparecen cinco años más tarde, en 1723, año en que Vicente Boyvia, un médico de Almoradí (provincia de Alicante), trasladó su residencia a la capital. Para dar a conocer su nueva consulta, tuvo la feliz ocurrencia de editar un opúsculo propagandístico en el que afirmaba poseer un remedio infalible contra el cólico que sufría la capital, y que estaba dispuesto a suministrar tanto a pobres como a ricos de modo totalmente altruista¹⁸: *Afsimifmo es induvitable, que yo no intereffo un maravedi fiquiera à pobre, ni a rico por ellos (los remedios contra el cólico) porque folo me intereffo en darme a conocer en el Maremagnum de esta Corte.*

En su escrito hace mención a un dolor vehemente, intolerable y cruel que existe en la Corte y del que se desconocen las causas: *qué médico avrá que pueda, sin particular don de Dios, averiguar y faber de donde procede?* No obstante, aventura que ese mal puede ser ocasionado por las bebidas que se toman a todas horas en la Corte, y para evitarlo aconseja abstenerse de la fruta, el besugo, la leche y las bebidas garrapiñadas. Su remedio, que guarda en el más estricto secreto y que, según dice, debe al seguimiento de las recomendaciones de san Jerónimo, es el resultado de la mezcla de diversos medicamentos. Tiene la capacidad de curar no sólo el dolor cólico sino también el iliaco, el renal, el nefrítico, el de estómago y el de hígado y bazo. En fin una verdadera panacea, y además gratis total.

Da cuenta del historial de diez pacientes madrileños (con sus nombres y direcciones) que sufrieron el cólico, en algunos casos acompañado de parálisis y en otros de estreñimiento. Finaliza el panfleto aportando la dirección de su consulta en la casa: *affefforia al Excelentifmo feñor Duque del Infantado* (aledaña a la del Duque).

El anuncio de Boyvia, tal como cabía esperar, tuvo una respuesta inmediata y furibunda por parte de los médicos madrileños, al frente de los cuales se encontraba don Francisco Suárez de Ribera, que era ni más ni menos que el médico de la Real Cámara del Rey, y que ese mismo año publicaba un libro en el que desmentía una por una las afirmaciones de su oponente¹⁹. Don Francisco era un personaje influyente en aquellos momentos, dadas las excelentes relaciones que mantenía con la Corona, pero también un indivi-

(18) BOYVIA, V. *Breve Reflexión y Crisis Medica sobre el Dolor Cólico*, Madrid 1723, Edit. el Autor.

(19) SUÁREZ DE RIBERA, F. *Reflexiones Anticólicas Experimentos Médico-Prácticos, Chymico-Galenicos, Quinta Essencia de los Remedios Contra la Cólica Epidémica-Endémica y Respuesta la Breve Reflexion y Crisis Médica, que fobre el Dolor Colico facó à luz el Doctor Don Vicente Boyvia, Médico de esta Corte*, Madrid 1723, Francisco del Hierro.

duo en extremo polémico debido a sus inclinaciones hacia la superchería y el curanderismo. Prueba de ello es que entre sus infalibles remedios incluía las orejas de liebre secas, el polvo de cráneo de mona, los corazones de rata, el estiércol de lagarto, las píldoras lunáticas y un sinnúmero de excéntricos potingues. El padre Feijoo, coetáneo de Ribera, fue bastante escéptico con la medicina de su época: *Yo no estoy mal con la medicina; antes la amo mucho. Sé que el Espíritu Santo la recomienda; aunque alguno pudiera responder, que la medicina recomendada en la Escritura no es la que hoy se practica.* Y tal como cabía esperar, mantuvo con Suárez de Ribera una fortísima polémica²⁰. Pero no fue Feijoo el único en expresar sus reparos ante el médico del Rey: muchos años más tarde, en 1848, Chinchilla le dedicó esta introducción en sus *Anales Biográficos*²¹: *vamos a ocuparnos del médico que más en ridículo puso a la medicina en España.* Pero excéntrico o ridículo, el tal Ribera, que como ya decíamos era el médico del rey Felipe V, sí que fue capaz de aunar los apoyos de cinco de sus compañeros madrileños, y de ese modo constatar al intruso alicantino.

La larguísima respuesta plagada de latinajos no nos aporta nada nuevo. Sin embargo, sí que podemos encontrar algún dato de interés, como que el cólico no sólo se daba en Madrid sino también en Vizcaya, Asturias, Galicia y Extremadura, e incluso que ya se daban casos en 1719. Para este hereje de la medicina la causa había que buscarla en el aire contaminado por la fermentación de los excrementos de animales y humanos, que yacían en las malolientes y sucias calles de Madrid antes de que Carlos III mandara pavimentarlas, y que al paso de los coches se elevaban en forma de miasmas ácidos penetrando en el organismo a través del polvo inspirado. ¡De nuevo la polución como origen de todos los males!

En 1737 otro médico, Francisco García Hernández, titular de la villa de Santorcaz (municipio madrileño limítrofe con Guadalajara), publicó un tratado sobre el cólico que aportaba más bien poco²². En el mismo se hacía eco de las afirmaciones de Ribera, coincidiendo con él en que la enfermedad era

(20) *Anales de la Real Academia de Medicina 1891*, Tomo 11, Cuaderno 3, 30 Sept. 1891, Madrid, Imprenta J. Cosano, pp. 265-268.

(21) CHINCHILLA, A. *Anales Históricos de la Medicina en General y Biográfico-Bibliográfico de la Española en Particular. Historia de la Medicina Española*, Tomo 3, Valencia 1848, Imprenta de D. José Mateu Cervera.

(22) GARCÍA HERNÁNDEZ, F. *Tratado de Dolor Cólico en que se contienen varias y distintas especies con su apropiada curacion*, Madrid 1737, Diego Miguel de Peralta.

muy frecuente en la Corte y que la causaba el aire contaminado. Total, más de lo mismo.

A fines de 1752, François Thierry (o Thiery como aparece en alguno de sus libros), un joven médico de la facultad de Medicina de París, que se hacía titular consultor del Rey de Francia, vino a España para estudiar la influencia del clima sobre el origen y la evolución de las enfermedades, y al llegar a Madrid se topó con la epidemia: *Madrid está lleno de enfermos y la mortandad es muy alta, aunque el cólico se presenta en grados diferentes siempre es muy doloroso produciendo con frecuencia convulsiones... Afecta tanto a españoles como a extranjeros y termina con frecuencia con parálisis de las extremidades.*

Estos síntomas le recordaban a los que presentaban los artesanos intoxicados por el plomo que había visto en La Charité. También a los de las víctimas de los cólicos de Poitiers y de Devonshire; pero a pesar de las coincidencias él no creía que el plomo fuera el responsable del cólico madrileño: *estoy convencido de que esta cruel y endémica enfermedad se debe a las especiales características del aire y de los lugares donde se manifiesta el mal. No obstante estoy dispuesto a cambiar de opinión si los médicos y los científicos del país llegan a descubrir alguna otra causa, por ejemplo la existencia, hasta el momento desconocida, de sustancias minerales o perjudiciales que entren a formar parte de los alimentos que componen la dieta de los españoles*²³.

No le cabía duda de que la causa de la enfermedad era ese aire sutil de Madrid algo frío y que soplabla de lejos²⁴. (No deberíamos olvidar que el motivo de su viaje estaba relacionado con el aire y el clima). Años más tarde, cuando por fin publica los resultados completos de sus tres viajes, o tal como él mismo los denomina, sus “Observaciones”, vuelve erre que erre a lo del airecito sutil²⁵. En el tomo primero de su obra aportaba alguna interesante observación personal sobre la terrible situación que, en 1753, vivían los madrileños como consecuencia del cólico: la mortandad era altísima y los extranjeros quedaban horrorizados al ver pasar a los muertos en ataúdes

(23) THIERRY, F. “Instruction Abrégée sur la colique de Madrid et ses environs; des moyens de s’en préserver et de la guérir”, *Journal des Sçavans*, París Sept. 1762. Michel Lambert, pp. 585-599.

(24) Hay un dicho en Madrid que reza: “el aire sutil de Madrid, que no apaga un candil pero puede matar a un hombre”.

(25) THIERRY, F. *Observations de Physique et de Médecine faites en differens lieux de l’Espagne*, Tomo 1. París 1791, Garnéry libraire, pp. 64 y sig.

descubiertos camino de los cementerios, en tanto que su cliente el embajador de Francia, que tenía su casa de Madrid llena de enfermos, decidió trasladar su residencia a Carabanchel para poner a salvo a su familia de la terrible epidemia.

Las conclusiones de Thierry fueron rebatidas, en 1778, por James Hardy en el ya citado libro “A Candid Examination...”. Para este autor la hipótesis del clima carecía de sentido ya que el de Madrid era similar al de otros muchos lugares donde no padecían el cólico. El médico inglés insistía en que la causa estaba en el barro vidriado que se utilizaba en España y el medio de propagación podría ser el vino, algo parecido a lo que sucedió en su tierra natal con la sidra y la cerámica del condado de Devon. En su tratado se permite recomendar a los reyes de España que creen una comisión de científicos para investigarlo.

Pero a pesar de las acertadas observaciones de Hardy, la teoría del joven Thierry tuvo varios seguidores, entre los que cabe destacar a Pérez Escobar que en su libro, publicado en 1788 aporta afirmaciones similares sobre la influencia del clima en la génesis del cólico²⁶: *semejante dolencia (el cólico), libre de ocasiones metálicas, era de la clase estacionaria... despues de una constipacson repentina de poros en seguida de un grande caloramiento del cuerpo, sea en invierno, sea en verano, se observan males de fluxiones, ora sean de la cabeza, ora de la prohibida transpiración del cutis; quando estas no se expelen por vias patentes ó por sus conductos regulares, se depositan en pecho o vientre. Y aunque niega que el plomo sea la causa de la enfermedad, admite que el mal era epidémico y que en primavera e invierno uno de cada tres pacientes que veían los médicos estaba afligido por este mal: Bastará decir que en los años 1768, 69 y 71 se experimentaron cólicos convulsivos... que terminaban en debilidad con estupor en las piernas.*

Con un retraso de dos décadas, en 1808, el cirujano de Napoleón, Dominique Larrey, que se confesaba seguidor de la teoría de su compatriota Thierry, aporta una versión algo más clarificadora: *las especiales características climáticas de Madrid condicionan una exagerada transpiración cutánea provocada por el calor diurno, que dilata los poros y fluidifica la grasa cutánea. El hígado excitado por la afluencia grasa segrega cantidades desproporcionadas de bilis y se debilita. Cuando llega la noche el frío intenso y seco cierra bruscamente los poros crispando el sistema capilar de la piel,*

(26) PÉREZ ESCOBAR, A. *Medicina Pátria ó Elementos de la Medicina Práctica de Madrid*, Madrid 1788, Imprenta de D. Antonio Muñoz, p. 135.

y hay un reflujo de los principios de la transpiración que retornan al sistema vascular. Estos estímulos debilitan el intestino y lo hacen vulnerable a las causas determinantes ya mencionadas (grasas, aceites, cordero joven, frutos acuosos y alimentos de mala calidad o tomados de forma inmoderada).

Esta curiosa explicación de la fisiopatología del cólico podría resumirse de la siguiente manera: Madrid padece un clima extremo con unas temperaturas diurnas elevadas que se tornan en extremo frías al llegar la noche. Cuando el cuerpo se expone al calor diurno, los poros de la piel se abren para eliminar el sudor y con él las toxinas que genera el intestino, pero llegada la noche el frío intenso cierra bruscamente los poros, de modo que las toxinas no eliminadas retornan al tubo digestivo provocando en él movimientos espasmódicos y desordenados (antiperistálticos) que son los que provocan el dolor.

Esta vieja y errónea teoría que afirmaba que la enfermedad se producía cuando el cuerpo no eliminaba de forma adecuada sus toxinas por el sudor, aunque en un principio nos pueda parecer extraña, aún permanece viva en el imaginario popular, y con cierta frecuencia uno escucha “voy a echar una carrera” o “voy a tomar una sauna” “para eliminar toxinas”. Su implantación en la ciencia médica de aquel entonces, fue fruto de las comprobaciones realizadas por un científico italiano, Santorio de Santorio (1561-1636), que intentaba demostrar la veracidad de las afirmaciones de Galeno en cuanto a que el cuerpo humano también respiraba por la piel. Los resultados de sus experimentos le llevaron a afirmar que en el organismo se producía una “transpiración insensible” y fueron publicados en un libro que lleva como título “*De Statica Medicina*”. En el siglo XVII y hasta mediados del XVIII, la fama de Santorio traspasó fronteras y su libro, escrito en latín, fue reeditado en varias ocasiones y traducido luego al inglés, al francés y al italiano. He usado la versión inglesa de 1720²⁷. Santorio inventó una silla que colgaba de una balanza de precisión y que aparece representada en la primera página de su libro.

Delante de la silla situaba una mesa fija donde colocaba toda la comida y la bebida que precisaba diariamente, de modo que en cada jornada podía hacer un cálculo entre lo perdido por la orina y las heces y lo ganado por la comida y la bebida. Santorio pudo comprobar de este modo que el balance siempre daba un resultado negativo. Es decir que existían unas pérdidas “insensibles” que

(27) SANTORIO SANTORIO; KEILL J.; QUINCY, J. *Medicina Statica: Being the Aphorisms of Sanctorius. Translated into English with large Explanations*, Second Edition, Londres 1720, Printed for W. and J. Newton y otros.

provenían de esa transpiración que él supuso se producía a través de los poros de la piel.

Este fenómeno, que se conoce hoy como “perspiración insensible,” es el resultado de la evaporación del agua de nuestro cuerpo a través de la piel y de la respiración. Por esas dos vías perdemos entre 700 a 900 gramos de peso cada día en condiciones normales, aunque los trabajadores de altos hornos que están sometidos a condiciones extremas, pueden llegar a perder hasta dos kilos por hora.

Pero la observación de Santorio no hubiera tenido mayor transcendencia si no fuera porque el médico italiano había afirmado que mediante esa transpiración el organismo evacuaba sus venenos internos; y que muchas enfermedades eran el resultado de la interrupción de ese mecanismo fisiológico, creado por la naturaleza para prevenir la enfermedad. Esta pintoresca teoría fue abandonada por la medicina del siglo XIX.

Pero volviendo al cólico, unos años más tarde, en 1791, un médico catalán llamado Vicente Mitjavila Fisonell publicó una espléndida monografía sobre los efectos nocivos del plomo, y aunque en ella no se mencionaba el cólico de Madrid, el autor ya advertía de los peligros del mal estañado, de la adulteración del vino y de la horchata, así como del barro vidriado defectuoso²⁸.



SANTORIO SANTORIO, De Statica Medicina, 1713
<http://books.google.com>

(28) MITJAVILA FISONELL, V. *Compendio de policía médica de los daños, que causan al cuerpo humano las preparaciones de plomo, ya administradas como medicina, ya mezcladas fraudulentamente con los alimentos de primera necesidad*, Barcelona 1791, Ediciones Universidad de Barcelona facsímil 1983.

En la nueva farmacopea inglesa, traducida al español en 1797, también se advertía de los peligros del plomo en el barro vidriado²⁹: *los jarabes de zumos ácidos deben prepararse en vasijas de loza, pedernal o de vidrio, y de ningún modo en vasijas de barro vidriado, pues formándose éste de plomo, está sujeto a ser corroído por los ácidos y subácidos especialmente si se calientan*. El traductor español añade la siguiente nota a pie de página: *todos los boticarios pueden haber experimentado que con sólo exprimir el zumo de agraz (mosto de uva inmadura) en barreños de barro de Alcorcón, se descascara el vidriado y se disuelve en parte en el zumo. Son frecuentes las desgracias a que se exponen los que, para guisar sus comidas en el mismo vidriado, añaden vinagre o zumo de limón, especialmente si las dexan trasnochar en las mismas vasijas*.

Ruiz de Luzuriaga³⁰

Pero sin duda el mérito del descubrimiento de las causas y los remedios del cólico de Madrid le corresponde al médico vasco Ignacio María Ruiz de Luzuriaga Arana, un doctor ilustrado que realizó sus estudios superiores en el extranjero. Su padre José Santiago Ruiz de Luzuriaga, también médico, fue amigo personal del conde de Peñafloreda, un gran mecenas creador de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, que por esas fechas había puesto en marcha su gran proyecto educativo: el Seminario Patriótico Bascongado de Bergara, una escuela modélica dedicada a la preparación de los jóvenes como futuros líderes de la Ilustración. Allí fue enviado el joven Ignacio María en 1777 cuando contaba catorce años, y fue en ese lugar donde tuvo su primera aproximación a una rama de la ciencia que siempre fue su pasión: la química, y que por aquel entonces enseñaba el gran químico Joseph Louis Proust. Pasados cuatro años, Don José decidió enviarle a París para cursar estudios superiores. La estancia en la capital francesa dio comienzo en 1781, y los primeros gastos corrieron a cargo de su padre y mentor, lo que sin duda debió suponer un importante sacrificio económico para un médico de provincias. En el hospital parisino de La

(29) WHITE, R. *La Nueva Farmacopea del Real Colegio de Londres y su Análisis*. Traducida del inglés por el Sr. Don Casimiro Gómez de Ortega, Madrid 1797, Imprenta de la Viuda de Don Joaquín Ibarra, p. 135.

(30) De aquí en adelante, todos los fragmentos que se citen de esta obra de Luzuriaga llevarán la paginación correspondiente a esta edición: RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. *Tratado sobre el Cólico de Madrid, Inserto en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid y publicado separadamente de orden de la misma en beneficio común*, Madrid 1797, Imprenta Real.

Charité, especializado en enfermedades profesionales, tuvo ocasión de conocer los efectos nocivos del plomo sobre el organismo, experiencia ésta que dio pie a su primera publicación acerca de la descomposición del aire atmosférico por el plomo, y que fue editado en el Diario de Física de Jean Rozier³¹. Comienza su escrito afirmando: *había observado un día la costra blanca con la que se cubre el plomo algunos días después de lavar las botellas. Después de varias lecturas sobre el cólico de los pintores (de brocha gorda) y de los trabajadores del plomo, pensé que dicha alteración, nueva para mí, me daría alguna luz sobre esta cruel enfermedad. El resultado de mis pesquisas no llegó a aclarar el objeto de la investigación; pero en ciencias naturales hay que insistir a los investigadores que buscando una verdad especulativa, se puede encontrar siempre otra que uno no buscaba.* Y lo que encontró nuestro joven investigador fue, simplemente, que el plomo transformaba el aire en ácido mefítico³². En París Luzuriaga coincidió con algunos pensionados de la Real Sociedad Bascongada como Fausto de Elhuyar, que luego fue profesor de química en Bergara³³.

Poco antes de viajar a Gran Bretaña solicitó al conde de Aranda, que entonces era embajador en París, una prórroga de la pensión que venía percibiendo desde 1784. Como respuesta, el conde de Floridablanca, Secretario de Estado de Carlos III, tuvo a bien elevar su cuantía hasta los 6000 reales anuales, lo que le permitió viajar en junio de 1785 a Londres. Después de una breve estancia en la capital británica, se trasladó a Edimburgo el 11 de julio. Allí pudo terminar la carrera de medicina tras presentar su tesis el 12 de septiembre de 1786, que versó sobre las interacciones entre los sistemas sanguíneo y nervioso³⁴.

(31) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. “Mémoire sur la decomposition de l’air atmosphérique par le plomb” *Observations sur la physique et sur l’histoire naturelle et sur les arts*, 25 [2] (Oct. 1784) 252-261.

(32) Tres años después de la publicación del trabajo de Luzuriaga, Lavoisier en 1787 da a conocer en París la nueva nomenclatura química que arrincona entre otros el término “ácido mefítico” sustituyéndolo por “gas carbónico”.

(33) USANDIZAGA SORALUCE, M. *Los Ruiz de Luzuriaga. Eminentes médicos vascos “ilustrados”*, Salamanca 1964, Universidad de Salamanca, p. 53.

(34) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. *Tentamen Medicum, inaugurale, de Reciproca atque mutua Syftematis Sanguinei et Nervofi Actione... Pro Gradu Doctoris*, Edimburgo 1786, Apud Balfour et Smellie.

En Londres pasó nueve meses (octubre 1786 a julio 1787)³⁵ y allí frecuentó los hospitales de Saint Thomas y Guy's a fin de recibir las enseñanzas del químico William Saunders que, como ya comenté más atrás, colaboró con George Baker en la demostración del plomo en la sidra de Devonshire. El propio Saunders años más tarde, en 1796, presentó ante el Royal College of Physicians los resultados de esta investigación compartida, en la famosísima Harveian Oration que aún se sigue celebrando año tras año.

De vuelta a España visitó a sus padres, y tras rechazar un puesto de profesor en el seminario de Bergara, se instaló en Madrid en la calle Relatores número 20 y más tarde en la Carrera San Jerónimo número 2³⁶.

Luzuriaga había obtenido el título de doctor por la Universidad de Edimburgo, pero según la legislación española los doctorados en el extranjero estaban obligados a cursar una pasantía de dos años con un médico español. No sé cómo pudo conseguirlo, pero esos dos años los pasó con el mismísimo médico del Rey, Don Francisco Sobral. El 8 de abril de 1790 finalmente pudo presentar su tesis doctoral sobre la respiración animal, que fue publicada siete años más tarde³⁷. Tesis que a juicio de Gago y Carrillo constituye un plagio del estudio del médico irlandés Adair Crawford.

Y es que por esas fechas el nuevo doctor andaba muy ocupado: en 1791 traducía por encargo del Rey la obra que sobre el escorbuto acababa de publicar Francisco Thomson; a la vez que escribía un tratado sobre la salud de la gente del mar; trabajaba en la reforma estatutaria de la Real Academia de Medicina, y emprendía el encargo de los Alcaldes de Casa y Corte para realizar una inspección sanitaria en diversos establecimientos públicos. Así lo cuenta él mismo en una carta dirigida al famoso marino Antonio Valdés, al que se le atribuye la introducción en 1785 de una variante rojigualda de la bandera de Aragón en los navíos españoles, medio siglo antes de que fuera

(35) Las fechas exactas han sido tomadas del siguiente trabajo: GAGO, R; CARRILLO, J. L. "La Obra fisiológica de Ignacio María Ruiz de Luzuriaga (1763-1822) y su plagio del científico británico Adair Crawford (1748-1795)" *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinæ scientiarumque historiam illustrandam*, 1 (1981) 87-100.

(36) *Lista de los médicos del Real Colegio de Medicina de Madrid*, Madrid 1797, Imprenta Real, p. 8.

(37) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. "Disertación Chímica Fisiológica sobre la Respiración y la Sangre consideradas como Origen y Primer Principio de la Vitalidad de los Animales" *Memorias de la Real Academia Médica de Madrid*, Tomo 1, Madrid 1797, Imprenta Real, pp. 1-98.

adoptada como bandera nacional: *Las ocupaciones anexas a una profesión pública que se lleva la mayor parte de mi atención, varios trabajos literarios que he tenido que hacer para entrar en la Real Academia Médica de esta Corte, la reforma de los estatutos, y un nuevo plan de ocupaciones que he tenido que formar para la misma Academia, la reforma de los abusos que se cometen contra la salud pública en las botillerías (tiendas de refrescos), fondas y hosterías públicas, las confiterías, mercaderes de aceite y vinagre etc., en que estoy ocupado por orden de los Sres. Alcaldes de Casa y Corte*³⁸. Los Alcaldes de Casa y Corte eran letrados con gran experiencia que impartían justicia en la Villa y en el entorno de las cinco leguas de la misma. Entre sus numerosísimas funciones estaba la de mantener la salubridad de los alimentos y bebidas que se vendían en los establecimientos. Dependían de un fiscal de la propia Sala de Casa y Corte y éste a su vez del Secretario de Gracia y Justicia y, por supuesto, del propio monarca. Parece obvio, por consiguiente, que Luzuriaga pudo recibir el encargo de instancias superiores (posiblemente por orden del propio Carlos IV y a instancias de su médico personal, el Dr. Sobral); y de que su misión, entre otras, consistió en estudiar el origen de la epidemia de cólicos que asolaba la capital del Reino. Buena prueba de ello es que entre 1791 y 1795, cuando ya había obtenido el título en España y había montado una consulta (que según sus propias afirmaciones le ocupaba gran parte de su tiempo), seguía recibiendo una pensión del Gobierno de 12000 reales al año. Desde el 3 de marzo de 1791, fecha de la citada orden, y hasta 1796 que concluye el estudio, visitó numerosísimas viviendas particulares, botillerías, aloxerías (establecimientos donde se vendía el aloxe o aloje, bebida de origen árabe a base de agua, miel y especias), tabernas, mesones, pastelerías, bodegas y alfares.

Los resultados de este estudio fueron publicados por la Imprenta Real en cuatro medios diferentes. La primera impresión, fechada en 1796, es una separata que se destinó a la venta en la calle Carretas, en la librería de Don Gabriel Gómez y lleva por título “*Disertación Médica sobre el Cólico de Madrid...*”³⁹.

(38) Ignacio María Ruiz de Luzuriaga a Antonio Valdés. Madrid 29 de marzo de 1791 en: ASTRAIN GALLART, M. “Tres manuscritos inéditos de Ignacio María Ruiz de Luzuriaga (1763-1822) sobre higiene naval” *Dynamis. Acta Hispanica ad Medicinam Scientiarumque historiam illustrandam* 11 (1991) 457-458.

(39) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. *Disertación Médica sobre el Cólico de Madrid, Inserta en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid y publicada separadamente de orden de la misma en beneficio común*, Madrid 1796, Imprenta Real.

Un año más tarde se editaba otra separata con igual contenido pero con otro título “*Tratado sobre el Cólico de Madrid...*”⁴⁰ para su venta en la misma calle de Carretas pero ahora en la librería de Don Antonio Baylo, por el precio de 10 reales en rústica y 12 en pasta. Los anuncios de venta aparecen en la *Gazeta de Madrid* del martes 22 de diciembre de 1801 y posteriormente en el número 62 correspondiente al lunes 20 de junio de 1808 con el siguiente texto que en forma resumida dice: *Siendo como es el cólico una de las enfermedades más endémicas y destructoras de Madrid... Expone (el autor) los síntomas y efectos del cólico: distingue sus especies: texe su historia: forma su diagnóstico: trae todas las causas y motivos de que puede provenir y engendrarse, como son la adulteración de las vasijas de loza, de barro, de peltre, de plomo, de estaño, de cobre etc., donde se guisan los alimentos: el barro vidriado: las marmitas, cacerolas, peroles, barquillas, cucharones y otros utensilios de la cocina: las caxetas donde se depositan las especias para las salsas: los abusos que se cometen en las fondas, pastelerías, hosterías y bodegones con las viandas: los no menores en que incurren los botilleros con las bebidas: los de los aceiteros, vinateros, vinagreros, confiteros, lecheros, mantequeros, aloxeros y los particulares oficios que tratan en las manufacturas y preparaciones del plomo, estaño, cobre, antimonio etc. Examina químicamente estos metales, y aquellas lozas, barros y vidriados de Talavera, Alcorcón, Andújar, el Toboso, y otras partes del Reino*⁴¹.

En 1796 se vuelve a editar otra separata, la “*Colección de las Disertaciones Físico-Médicas...*”, en la que se incluyen tres trabajos de Luzuriaga: su tesis doctoral, la *Disertación Médica del Cólico de Madrid* (que debido al diferente formato sólo ocupa 144 páginas en lugar de las 260 de las otras publicaciones), y un ensayo apologético en el que propone un nuevo método para desalar el agua del mar⁴².

(40) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. *Tratado sobre el Cólico de Madrid, Inserto en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid y publicado separadamente de orden de la misma en beneficio común*, Madrid 1797, Imprenta Real.

(41) Agradezco a mi amigo Gilles Multigner el hallazgo de este anuncio así como su generosa información.

(42) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. *Colección de las disertaciones físico-médicas insertas en el primer tomo de las Memorias de la Real Academia Médica Matritense*, Madrid 1796, Imprenta Real.

Por último, también se incluye en el Tomo Primero de las “*Memorias de la Real Academia Médica de Madrid*”, una vez más con el título de “*Disertación Médica sobre el Cólico de Madrid*”⁴³. Quizá demasiada literatura para una población como la madrileña en su gran mayoría analfabeta.

El trabajo comienza con una magnífica descripción del cuadro clínico, seguida por una exhaustiva revisión bibliográfica y un meticuloso trabajo de campo. En cuanto a las causas de la intoxicación podríamos resumirlas en dos: el defectuoso estañado de las vajillas de cobre y la deficiente técnica del vidriado del barro con óxido de plomo a temperaturas de cocción excesivamente bajas, debido al uso de combustibles como la retama. En ambos casos el plomo mal fijado, bien al cobre o bien al barro, podía ser transformado en acetato de plomo por el efecto de los ácidos de muchos alimentos o bebidas: vinagres, limón, frutas, aceite, manteca, escabeches etc. etc. De este modo Luzuriaga intentaba explicar por qué se daba el cólico en los ricos que usaban el cobre en sus cocinas, o en los pobres que cocinaban y comían en recipientes de barro vidriado. Pero al contrario de lo que hicieron Baker y Hardy, Luzuriaga no acabó de demostrar mediante reactivos químicos que fuera el plomo el causante de la epidemia madrileña. Pospuso el estudio experimental para mejor momento: *Quando me lo permitan mis ocupaciones presentaré á la Academia en otra Memoria el resultado de mis investigaciones experimentales. Entretanto he dispuesto esta Memoria como preliminar de la otra, por considerar urgente el prevenir á mis conciudadanos acerca de las causas ocasionales ó productivas de este mal, y los medios de remediarlo y curarlo, teniendome que contentar por ahora con resumir los datos mas directos que puedan hacer determinar por aproximacion su causa inmediata.* (pp. 188-189).

Sin embargo la prometida Memoria experimental nunca llegó, a pesar de que Luzuriaga conocía muy bien el método empleado por su maestro Saunders en Londres. Y tampoco realizó las autopsias pertinentes en los fallecidos por el cólico ya que: *En Madrid no se han proporcionado ocasiones de hacer la abertura de los que fallecen de este mal.* (p. 192).

Como era de esperar las primeras críticas se produjeron casi de inmediato: en 1798, un farmacéutico del ejército (que más tarde llegó a ser catedrático de Química en el Colegio de Cirugía de San Carlos) Antonio de la

(43) RUIZ DE LUZURIAGA, I. M. “Disertación Médica sobre el Cólico de Madrid” *Memorias de la Real Academia Médica de Madrid*, tomo 1, Madrid 1797, Imprenta Real, pp. 205-500.

Cruz, tradujo un libro sobre el efecto de los medicamentos sobre el cuerpo humano escrito por el italiano Brugnatelli. En su traducción añade una nota con el siguiente comentario dirigido al trabajo de Luzuriaga: *obra que parece haberse escrito más para ostentación de eruditos que para indagar las verdaderas causas del cólico. Si las boticas, confiterías, reposterías, cocinas, aloxerías, botillerías, fuentes, alfarerías, etc. fueran la verdadera causa ¿habría casa en Madrid exenta de cólicos? Mas ¿y habría habitantes en Madrid?... Si el Doctor Luzuriaga, más detenido en sus investigaciones se hubiera atenido a ellas más bien que a amontonar y citar cuidadosamente pareceres...*

Pobre de mí si siempre que he comido el puchero de esta manera me hubiera ocasionado un cólico!... Yo mismo he hecho experimentos particulares haciendo varias composiciones en las vasijas que reprueba el Sr. Luzuriaga, y sin embargo no me han demostrado los reactivos ningún resultado perjudicial⁴⁴.

De la Cruz, sagazmente, ponía en evidencia los puntos flacos del trabajo de Luzuriaga: la ausencia de pruebas químicas y la ubicuidad de ese plomo que por todas partes encuentra. Un exceso que el propio autor disculpa al final de su escrito: *Algunos me objetarán que el cólico y cólica⁴⁵ deberian ser mas frecuentes con tantas causas ocasionales como se acaban de exponer. No pretendo que todas las causas expuestas cooperen siempre á un mismo tiempo y con igual vehemencia contra la salud de mis conciudadanos.*

Y es que la mayor parte de las obras de este gran médico vasco adolecían de esta falta de terminación. Su amigo y biógrafo Francisco Fabra lo señala con estas cariñosas palabras: *parte de los manuscritos mencionados no han recibido la última mano del autor, y carecen de todo aquel método que podría desearse en una obra acabada y llevada al estado de perfección. Esta falta de método procedía al mismo tiempo del temple de su ingenio activo y ardiente que lo veía todo en la primera ojeada, y de la multitud de sus ocupaciones que no le permitían fijar la atención por mucho tiempo en un mismo*

(44) BRUGNATELLI, L. V. *Discurso sobre la acción de los medicamentos en el cuerpo humano y en otras clases de animales. Traducido del italiano por Don Antonio de la Cruz, Madrid 1798, Imprenta de González, pp. 77-82.*

(45) La cólica o pasa cólica era el nombre que el vulgo daba a un cuadro clínico muy aparatoso producido tras las comilonas o los excesos en la bebida. Por la descripción que hace Luzuriaga en su *Disertación Médica sobre el Cólico* p. 14 podría tratarse de la fase aguda del saturnismo (intoxicación crónica por plomo).

*objeto. El Doctor Luzuriaga conocía y decía con franqueza que varios de sus manuscritos necesitaban algún retoque*⁴⁶.

Esta misma crítica puede ser aplicada a su trabajo sobre el cólico de Madrid: erudito, bien documentado, certero, pero inconcluso y no comprobado por falta de experimentación. A pesar de todo, convenció a sus colegas y con ellos también a la Corona: en 1800 se legislaron las primeras medidas que fueron insertadas en la Novísima Recopilación de las Leyes de España⁴⁷. En la misma se da cuenta de una decisión del Consejo de S.M. del 16 de octubre de 1800, que dio lugar al Reglamento del 30 de noviembre de 1801: “*Reglamento para evitar los perjuicios que causan a la salud las vasijas de cobre, el plomo de los estañados, las de estaño con mezcla de plomo y los malos vidriados de las de barro*”. En dicho reglamento se contemplan multas de veinte duros para los que utilicen estaño de mala ley y se ordena el uso de aleaciones de estaño y cinc, en lugar de las tradicionales a base de plomo y estaño. En cuanto a los vidriados tan sólo se indica que “necesitan mejorarse” y se recomienda que hasta entonces los recipientes de barro se hiervan con agua, sal y vinagre durante tres a cuatro horas antes de su utilización. Esta Real Cédula fue publicada en 1801 en edición aparte por la Imprenta Real⁴⁸.

Ese mismo año se incluyeron iguales consejos en el semanario dirigido a los párrocos⁴⁹. Este semanario de ideología ilustrada fue creado por Manuel

(46) FABRA SOLDEVILA, F. *Elogio Histórico del Doctor en Medicina Don Ignacio María Ruiz de Luzuriaga Compuesto y Leído en la Academia de Medicina y Ciencias Naturales de Madrid el día 19 de noviembre del presente año*, Madrid 1822, Imprenta de D. León Amarita, pp. 58-59.

No andaba en lo cierto Luis Sánchez Granjel cuando en su libro afirmaba que este elogio de Fabra no se publicó por falta de medios económicos: S. GRANJEL, L. *Ruiz de Luzuriaga y la Real Academia Nacional de Medicina*, Azkoitia 2008, Instituto Internacional Xavier María de Munibe de Estudios del siglo XVIII, p. 20. Aprovecho esta nota para agradecer a Dña. Harbil Etxaniz Ibarbia, Tesorera de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País el graciable envío de este libro así como sus muchas atenciones.

(47) *Novísima Recopilación de las Leyes de España Mandada Formar por el Sr. Carlos IV*, Libro VII, Título XL, Ley VI. Madrid 1805, Imprenta Real.

(48) *Real Cédula de S.M. y Señores del Consejo por la qual se manda guardar y cumplir el Reglamento inserto, formado para evitar los perjuicios que causan á la salud las vasijas de cobre, el plomo que contienen los estañados, las de estaño que tienen mezcla de plomo, y los malos vidriados de las de barro, con lo demas que se expresa*, Madrid 1801, Imprenta Real.

(49) “Perjuicios de las vasijas vidriadas y mal estañadas.” *Semanario de Agricultura y Artes dirigido á los párrocos*, N° 216, jueves 19 de febrero 1801. Tomo 9, Madrid 1801, Imprenta de Villalpando, pp. 119-120.

Godoy el 4 de enero de 1797 (en un momento en que España era aliada de los revolucionarios franceses) con la intención de utilizar a los curas rurales como agentes de extensión agraria, en el marco de una población analfabeta. Según se afirmaba en su primer fascículo, este semanario se hacía necesario: *en una España en la que los que labran no leen, y los que leen no labran*. Y aunque los curas no se mostraron muy proclives al papel que se les asignaba, debido a los enfrentamientos ideológicos con el gobierno del momento, parece que en el caso presente sí que transmitieron a su feligresía dichas precauciones, al menos en lo que se refiere al hervido previo del barro, ya que desde entonces la incidencia del cólico disminuyó de forma notable.

Concienciado el gobierno de Godoy del peligro de los estañados y vidriados, tomó la decisión de recabar de los químicos de la Corte un estudio que posibilitara la aplicación de nuevas técnicas menos nocivas para la salud. El primero de ellos fue Pedro Gutiérrez Bueno (1745-1822) que a la sazón ejercía como profesor de química en el Colegio de Cirugía de San Carlos, puesto que compaginaba con su trabajo en el Real Laboratorio de Química de Madrid. En 1803 publicó un fascículo⁵⁰ en el que desarrollaba la técnica del nuevo estañado propuesto por el Gobierno a base de estaño y cinc, un método engorroso que exigía un martilleado final para eliminar las imperfecciones producidas. En cuanto al vidriado proponía un nuevo método que no utilizaba plomo sino una mezcla de cal blanca y barrilla (cenizas de sosa). Sin embargo era tan complicado que el propio autor aconsejaba la formación de una Junta de Profesores inteligentes y prácticos que lo enseñasen a los alfareros.

De forma simultánea salió a la luz otro informe del popular químico francés afincado en España, Joseph Louis Proust⁵¹, que a finales de 1778 había abandonado su puesto de farmacéutico jefe del hospital parisino de la Pitié-Salpêtrière, para impartir clases de química en el Real Seminario Patriótico de Bergara durante dos años, durante los cuales fue profesor de Luzuriaga. A comienzos del siglo XIX Proust dirigía su propio laboratorio de química en Madrid, establecimiento que le hizo construir Carlos IV con el fin de que el químico pudiera realizar allí sus experimentos. Su escrito constituye un verdadero alegato en contra del método de estañado a base de cinc

(50) GUTIÉRREZ BUENO, P. *Método Práctico de Estañar las Vasijas de Cocina y Advertencias á los Alfareros sobre los Vidriados Saludables*, Madrid 1803, Imprenta de Villalpando.

(51) PROUST, L. *Indagaciones sobre el estañado del cobre, la vaxilla de estaño y el vidriado*, Madrid 1803, Imprenta Real.

propuesto por su colega. Y es que esa aleación era difícil de aplicar, se oxidaba fácilmente y cambiaba de color a los pocos meses. Por si fuera poco confería un desagradable sabor a los alimentos. Además, no podía entender el motivo de cambiar el antiguo estañado, cuando hasta el momento nadie había podido demostrar que fuera nocivo para la salud. Terminaba afirmando que las tradicionales aleaciones de estaño y plomo eran seguras a pesar del temor despertado en el público, incluso aquellas que tenían un alto contenido en plomo. La conclusión era, por tanto, contraria a las afirmaciones del alumno: *Confesemos pues que si las cacerolas de cobre estañadas causan funestos accidentes, estos se deben mas bien al cobre, que no al estañado de la pieza, que el pobre no tiene siempre los medios de hacer estañar con tanta frecuencia como quisiera.*

Tras numerosos experimentos pudo demostrar que los recipientes de cobre estañados con el sistema tradicional no liberaban plomo, ni siquiera cuando se hervía vinagre en ellos, debido a que el estaño se comportaba como fijador del plomo e impedía que éste se desligara de la aleación.

En cuanto al barro vidriado, en especial el fabricado en Alcorcón, el problema radicaba en la baja temperatura de la segunda cocción, que no permitía que el óxido de plomo se fijara al barro. Como solución propone que el gobierno les facilite el combustible adecuado y que abandonen la retama. Otra solución alternativa es que cambien el sistema de vidriado con plomo, por el nuevo método propuesto por el químico francés Jean-Antoine Chaptal⁵² (1756-1832) a base de polvo de vidrio.

Al cabo de los años, el maestro de los tiempos de Bergara volvía a dar una lección a su alumno: el cólico de Madrid no era debido al deficiente estañado de las vajillas de cobre, sino al defectuoso proceso del vidriado del barro, y en especial al que se manufacturaba en Alcorcón. El remedio para el cólico era tan sencillo como echar ¡Más leña al fuego! El propio Luzuriaga ya había denunciado, en su inspección de 11 de noviembre de 1793, las anomalías de esos alfares: *exâminé la holleria de barro vidriado de Alcorcon donde se fábrica todo género de vasijas desde la mas pequeña hasta las tinajas, con una tierra arcillosa heterógena, que trabajan á mano sin tornos ni demas máquinas necesarias varias mugeres, y despues de secas las piezas las cuecen en hornos poco adecuados para reconcentrar el calor, sin mas combustible que la retama, á causa de la escasez general de la leña en estas*

(52) CHAPTAL, J. A. *Elementos de Química*, Segunda edición traducida al español por Don Higinio Antonio Lorente, Tomo Segundo, Madrid 1803, García y Compañía, p. 50.

cercanías. Despues de cocidas las piezas las barnizan con el alcohol pulverizado gruesamente, desleido en agua, dándole alguna consistencia con la harina de trigo; mojan con él una brocha, y se da una capa, baño ó cubierta á la pieza que se recuece en el mismo horno... la intensidad del calor de la retama es tan leve que ni cuece las piezas, ni alcanza su poca actividad á causar mas que una semivitrificación del alcohol y poca adherencia entre la pieza y el vidriado... se sigue casi el mismo método en los mas de los alfares del Reyno, con la diferencia de ser mas completa la vitrificación de otros alfares por razon de la mayor abundancia de combustible y mayor perfeccion en su fábrica, dependiendo de esto entre otras causas la menor frecuencia del mal en los lugares distantes de la Corte. (pp. 44-46).

El barro de Alcorcón era muy popular y de él se surtía todo Madrid, incluso se exportaba a Guadalajara, Toledo, Segovia y toda la Mancha. Alcorcón era proveedor de la Real Cocina, Real Botica, Reales Hospitales e incluso la Fábrica de la Moneda. Y no hay que olvidar que las tinajas de Alcorcón servían para almacenar muchos alimentos, (sólidos y líquidos), como el vino, el aceite, el vinagre, la manteca... que eran potenciales fuentes de intoxicación. La Corte trasladaba varias veces al año su residencia entre El Escorial, Aranjuez y Madrid, y en todos esos lugares las despensas debían permanecer bien abastecidas, lo cual constituía un evidente peligro. Tengo constancia de que dos Secretarios Reales (ministros) contrajeron la enfermedad en esos palacios, tal fue el caso de Pedro López de Lerena o de Gaspar Melchor de Jovellanos. El propio Luzuriaga ya había denunciado la mayor incidencia de cólicos en El Escorial: *En el Monasterio del Escorial suelen ser freqüentes los cólicos.* (p. 59). No deja de ser paradójico que la intoxicación se instalara de forma tan insidiosa en los propios centros del poder.

El éxito del barro de Alcorcón radicaba en su propia tosquedad, ya que esa imperfección le permitía resistir el fuego sin quebrarse; pero también en su bajo precio. Barato e irrompible eran atractivos difíciles de resistir, sobre todo para la población con escasos recursos. Tal como señalan Llopis Angelán y García Montero⁵³ los precios en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII subieron al mismo ritmo que lo hicieron en otras ciudades europeas, pero la capital del Reino, desde comienzos de siglo había sufrido una masiva inmigración de gentes del campo que venían huyendo del hambre. Medio siglo de malas cosechas como consecuencia del cambio climático había provocado una verdadera espantada en la población rural. Estas gentes,

(53) LLOPIS ANGELÁN, E; GARCÍA MONTERO, H. "Precios y Salarios en Madrid, 1680-1800" *Investigaciones de Historia Económica* 7 [2] (2011) 295-309.

a cambio de comida venían dispuestas a realizar cualquier tipo de trabajo, y esa propia demanda hizo descender los salarios. El poder adquisitivo bajó y como consecuencia se comenzaron a adquirir mercancías baratas en detrimento de su calidad, entre ellas el barro de Alcorcón que se vendía en la plazuela de San Esteban y en la Puerta del Sol.

Para hacernos una idea del éxito que alcanzó esta alfarería baste el siguiente ejemplo: para la feria del Pilar de 1786 (del 1 al 5 de octubre) entraron en la capital un carro y 236 cargas de vidriado de Alcorcón por tan sólo 67 cargas de loza de Talavera⁵⁴. Se entendía por carga la cantidad de mercancía que podía transportar una mula y equivalía a unas 14 arrobas (161 kg) y el carro era capaz de cargar 160 arrobas (1840 kg). Es decir que tan sólo para la feria del Pilar de ese año entraron en Madrid unas cuarenta toneladas de vidriado de Alcorcón por menos de once de Talavera; y todo ello para una población, que según el censo de Floridablanca, no llegaba a las 160.000 almas. La industria de Alcorcón era a la vez artesanal y familiar, con una división del trabajo por sexos: mientras las mujeres de la familia se encargaban de la manufactura y contratación del material, ellos se hacían cargo del transporte, acarreo y venta en los mercados, actividad ésta última absolutamente vedada para las mujeres. En Madrid existía un antiguo gremio de vidrio y vidriados que tenía la exclusividad en la venta de estos materiales, una prerrogativa que había sido concedida por un Real Decreto promulgado en 1703. Pero el incumplimiento de esta norma por parte de algunos trajineros hizo que las condiciones se relajaran, de modo que llegó a permitirse, en 1721, que aquellos productos foráneos que no comprara el propio gremio pudieran ser vendidos en ciertos mercados abiertos. Tras numerosos litigios, en 1758, se toleró la venta libre en las inmediaciones de las ermitas del Ángel y de San Isidro, excepción hecha de los productos de Talavera, que quedaron en manos de las tiendas del gremio. Incluso se instalaron puestos fijos en la plazuela de San Esteban en los que se vendía el vidriado de Alcorcón un treinta por ciento más barato que en las tiendas, con el consiguiente descuento de éstas⁵⁵.

(54) *Diario Curioso, Erudito, Económico y Comercial* (días 1, 2, 3, 4 y 5 de octubre de 1786), Tomo segundo, Madrid 1786, Imprenta de Manuel González.

(55) LARRUGA, G. *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Tomo 1, Madrid 1787, Imprenta de Benito Cano, pp. 348-354.

El Cólico de Madrid en Méjico

Aunque los españoles del momento no lo vivieran como un drama hasta 1898, el Imperio Español se perdió tras la invasión francesa. En América nacieron nuevas naciones, pero quedó la huella de tres siglos de colonialismo. Y no sólo permanecieron la lengua y la religión (legados emblemáticos del poder), sino también un sinnúmero de hábitos, técnicas, costumbres... y, una entre un millón, allí quedó la técnica del vidriado. Las gentes de la Península lo aprendieron de los árabes y tras la conquista de América se tomaron la molestia de enseñar la civilizada tecnología del plomo a los indígenas. Gracias a Luzuriaga, Madrid se libró del cólico a lo largo del siglo XIX. Pero el médico vasco nunca viajó a América, y nadie les pudo advertir a los purhepechas que aquello del vidriado era muy peligroso.

El gobierno mejicano está saliendo hoy triunfante de una tenaz campaña de erradicación del plomo en la alfarería tradicional. En Méjico hay cerca de millón y medio de alfareros, la mayoría de los cuales utilizaba el plomo para vidriar sus productos hasta el año 2007, año en que el gobierno dictó la normativa de 2 de marzo, prohibiendo el uso de ese metal. Sin embargo los purhepechas de Santa Fe de la Laguna (Michoacán), aferrados a sus viejas tradiciones, continuaron con la técnica tradicional heredada de padres a hijos durante siglos. Estos pueblos durante el período precolombino ya fabricaban vasijas de barro para uso ceremonial, pero la conquista de los españoles en 1521 les trajo entre otras “gracias” y “desgracias” la utilización del vidriado con plomo (minio y litargirio).

El Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (FONART)⁵⁶ inició en el año 2000 una pertinaz campaña educativa con el fin de enseñar a la población artesana nuevas técnicas de vidriado sin plomo. En mayo de 2013 los alfareros de Santa Fe de la Laguna recibieron uno de los últimos cursos de capacitación. Confiamos en que pronto se imparta el último y definitivo, y que por fin el cólico de Madrid abandone también el lindo Méjico.

Resumen final

Don José Santiago Ruiz de Luzuriaga fue un médico vasco que ejerció su profesión en su tierra natal. Amigo íntimo del Conde de Peñaflores, con el que colaboró en la gran aventura ilustrada que fue, y sigue siendo, la

(56) COVARRUBIAS PÉREZ, M.; ESTRADA SÁNCHEZ, D. Informe 2010: “Uso de plomo en la alfarería de México”. www.alfareria.org (accesible 7 de enero de 2014).

Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, tuvo la enorme visión de futuro de enviar a su hijo Ignacio María a estudiar a los mejores centros del momento.

Su viaje a Gran Bretaña fue determinante. Hacía poco tiempo que Baker y Saunders habían demostrado que el plomo era el responsable de que los ciudadanos de Devonshire enfermaran con la sidra de su región. Y más importante a la hora de enfrentarse al cólico de Madrid, fue la investigación de Hardy que demostró que los responsables de la intoxicación eran los recipientes mal vidriados donde se guardaba y servía la sidra. Lo mismo que estaba sucediendo en la capital de España con los pucheros de Alorcón donde se guisaba el típico cocido madrileño.

Quizá Luzuriaga quiso ver el plomo en demasiados sitios a la vez. Antepuso el remedio a la investigación y la prometida Memoria que iba a dar cuenta de sus comprobaciones experimentales nunca llegó. Si es que no tuvo tiempo o bien no pudo demostrar la presencia del plomo en las vajillas de cobre, nunca lo sabremos, pero lo que sí consiguió fue que: *habiéndose evitado aquellos (los abusos) en muchas casas en que antes eran frecuentes los cólicos y cólicas, enteramente han desaparecido estos; y tendría mucha satisfacción en que se extirparan completamente en Madrid y en todo el Reino.*

Por azares de la vida, Proust que fue su primer maestro de química de los tiempos de Bergara pudo dar su última lección al alumno: el plomo no estaba en el cobre estañado, sino en el barro vidriado a baja temperatura que se fabricaba en Alorcón.

Las leyes promulgadas por Carlos IV fueron dando sus primeros frutos: ya se hervían con vinagre los cacharros nuevos de Alorcón, los hornos se alimentaban con mejor combustible, en tanto que el cobre se limpiaba con más esmero. Y aunque no se sustituyó el plomo por el cinc, ni tampoco el vidrio lo desplazó en los alfares, el cólico poco a poco, como si no tuviera prisa se fue haciendo cada vez más raro. Luego vino la guerra y con ella el hambre de los años once y doce. Madrid moría de inanición y ya no quedaba ni siquiera plomo que echarse a la boca.

Mientras tanto la epidemia de cólicos se apoderó del ejército francés de ocupación. El (i) (r) responsable jefe de sanidad, Dominique Larrey, había negado la tesis de Luzuriaga y afirmaba que no era el plomo sino el aire de Madrid el que hacía enfermar a sus soldados. Además los franceses eran los únicos que podían enfermar porque sólo ellos comían en aquellos tiempos de hambruna.

Tengo constancia de que debido al cólico de Madrid murieron varios personajes famosos como el marino Jorge Juan en 1773, o el ministro de Carlos IV Pedro López de Lerena en 1792. También que enfermaron Gaspar Melchor de Jovellanos o el propio Goya. Pero desconocemos cuántas víctimas de ese terrible mal hubo a lo largo del siglo XVIII. De lo que no cabe duda es de que si no hubiera sido por ese gran médico llamado Ignacio María Ruiz de Luzuriaga, las víctimas hubieran sido muchísimas más.

Hace unos meses estaba preparando la continuación de este artículo dedicado al cólico de Madrid y la Guerra de la Independencia. Fui a Francia tras la pista de Dominique Larrey. Allí pude ver que el gran cirujano de Napoleón estaba enterrado junto a él en el Hôtel des Invalides; que tiene una estatua erigida en su honor en Val-de-Grâce (París); y que su casa de Beaudéan ha sido convertida en un museo. De Luzuriaga, tan sólo tengo noticias de que en un barrio apartado de Vitoria-Gasteiz, no muy lejos del Archivo Diocesano, existe una callejuela que ni siquiera lleva su nombre completo.